

## VOLVER A VENTA DE BAÑOS

Durante años, si alguien mencionaba Venta de Baños, mi gesto se endurecía. No era rabia exactamente, pero sí una mezcla de vergüenza, hastío y un deseo visceral de cambiar de tema. Crecí allí, entre locomotoras y tardes de viento que olían a cereal y hierro viejo. Pero para mí, durante mucho tiempo, fue poco más que un rincón perdido en el mapa, un lugar del que huir.

Recuerdo que, de adolescente, miraba por la ventana de mi habitación y sentía que el mundo pasaba por los raíles, pero nunca se detenía. Los trenes silbaban de madrugada como burlándose, llevándose a otros hacia ciudades con futuro, mientras yo me quedaba atrapado en las mismas calles, viendo pasar los mismos días. Todos parecían resignados: mis amigos, los vecinos, hasta los perros callejeros. Yo no quería resignarme. Soñaba con Madrid, con ruido, con anonimato, con libertad.

Y me fui. A los veinte años, con una mochila y demasiadas ganas de irme. Lo primero que hice fue deshacerme del acento. Aprendí a decir “vale” sin arrastrar la “l”, a caminar rápido, a no mirar a nadie en el metro. Con el tiempo, ni siquiera mencionaba el nombre del pueblo cuando alguien me preguntaba de dónde era. “De Palencia”, decía, y si insistían, soltaba un “de cerca”, como si me diera miedo que lo buscaran en Google.

---

Durante años, funcionó. Tenía trabajo, conocidos, bares con terraza. Todo era rápido, lleno de estímulos. Pero había algo que no encajaba. Al principio pensé que era nostalgia mal gestionada. Luego empecé a notar un vacío, como una interferencia constante que no me dejaba pensar con claridad. Las notificaciones del móvil, los correos urgentes, el tráfico, la luz artificial... Todo empezó a pesar. Y lo que antes me hacía sentir vivo, comenzó a dolerme. Un ruido sordo, constante, que se instaló en el pecho.

Una noche, tras un ataque de ansiedad en mitad de una reunión, salí corriendo. Literalmente. Bajé las escaleras de la oficina, caminé sin rumbo, me senté en un banco cualquiera y pensé: “No puedo más”.

Al día siguiente, sin decirle nada a nadie, compré un billete de tren. Venta de Baños. Aquel nombre que tanto me costó pronunciar durante años, lo marqué en la pantalla del móvil con una mezcla de derrota y necesidad. Volvía. No porque quisiera. Porque no sabía a dónde más ir.

Llegué un martes por la tarde, en invierno. El viento soplaba con esa crudeza castellana que no perdona. El andén estaba vacío. Todo me pareció más pequeño, más gris, más... detenido. Caminé hacia casa de mi madre con la maleta tirando del brazo como un castigo. No le había avisado. Me abrió con la sorpresa justa y la calidez de siempre. Me abrazó sin preguntas, como si supiera que necesitaba solo eso: un refugio.

Los primeros días fueron duros. Cada rincón era un recuerdo. Las vías, el parque donde fumábamos a escondidas, el campo de fútbol donde nunca metí un gol. Sentía que todos los que se habían quedado eran espectros de un tiempo que yo había dejado atrás. Me costaba respirar, no por el aire, sino por lo que despertaba. Volver me hacía sentir fracasado. Como si admitir que había regresado fuera aceptar que todo aquello que tanto anhelé no me salvó.

Pero poco a poco, el silencio empezó a hacer su trabajo.

Un domingo salí a caminar sin rumbo. Crucé el puente sobre las vías. Vi cómo un mercancías se perdía hacia el oeste, y por primera vez en años, me detuve a mirar sin prisa. Me senté en el bordillo. El traqueteo del tren resonó en mi pecho. No era solo un sonido. Era un eco de algo más profundo. Como si, pese a todo, aún perteneciera a esto.

Empecé a quedarme más tiempo. Mi madre, feliz pero prudente, me dejaba espacio. Desayunábamos juntos, y luego cada uno seguía con su día. Volví al parque. Pasé por el bar Sandoval. Entré en la biblioteca. Allí conocí a Sofía, una chica que trabajaba medio turno y pintaba en su tiempo libre. No era de aquí, había llegado hacía tres años desde León. “La gente de pueblo te da tiempo”, me dijo una tarde. Y tenía razón. Aquí nadie te exige una versión mejorada de ti. Solo que seas tú.

Un día, en uno de mis paseos, descubrí los murales pintados en algunas fachadas. Colores que no recordaba en Venta de Baños. Historias congeladas en brocha. Uno mostraba una locomotora cruzando un campo de trigo. Me quedé varios minutos frente a él. Sentí que, de alguna forma, hablaba de mí. De todos los que nos fuimos creyendo que eso era avanzar. De todos los que regresamos buscando algo que no sabíamos que habíamos perdido.

Volví al Museo del Ferrocarril. El mismo donde mi padre me llevaba de niño. Me costó entrar. Tenía miedo de los recuerdos. Pero lo hice. Caminé por los pasillos, vi las antiguas locomotoras, leí las placas. Un grupo de niños hacía una visita guiada. Escuché a uno preguntar si aún quedaban trenes así. La guía sonrió y dijo: “Ya no, pero nos enseñaron a llegar a sitios nuevos.” Sentí un nudo en la garganta. No sabía si era tristeza o alivio. Tal vez ambas.

Con el tiempo, empecé a escribir. Primero en un cuaderno, luego en el portátil. Crónicas sin rumbo. Fragmentos. Sensaciones. Me di cuenta de que hacía años que no escribía nada por gusto. Aquí, sin horarios, sin presiones, sin demostrar nada, las palabras empezaron a salir. Como si siempre hubieran estado esperando que me callara un poco para escucharlas.

Un día, Sofía me llevó a Baños de Cerrato. Caminamos hasta la iglesia visigoda. Nunca había ido, pese a vivir tan cerca. Me sorprendió su tamaño, su sobriedad. Era pequeña, pero se mantenía firme. Resistiendo siglos. “A veces las cosas pequeñas son las que más duran”, me dijo ella. Y lo entendí.

Pasaron semanas. Luego meses. Ya no contaba los días. Me apunté como voluntario en el museo. Ayudé en la biblioteca con actividades. Empecé a conocer a la gente por sus nombres. A recordar que aquí también hay historias. Que el tiempo no se mide solo por velocidad, sino por profundidad.

Una noche, sentado en el andén de la estación, solo, miré las vías perderse en la distancia. Y entendí algo. No odiaba Venta de Baños. Nunca lo odié. Lo que odiaba era sentirme atrapado, incomprendido, pequeño. Pero eso no era culpa del lugar. Era una herida propia.

---

Aquí aprendí a perdonarme. A detenerme. A valorar lo que no grita. Las calles tranquilas. El saludo de la panadera. El olor del café en invierno. El eco de los trenes en la noche. El pasado que no estorba, sino que sostiene.

Quizá algún día me vaya otra vez. Quizá no. Pero ya no huyo. Porque Venta de Baños ya no es un lugar del que escapar. Es el lugar al que puedo volver. El que me recuerda quién soy cuando todo afuera me confunde. Un lugar que, con sus silencios y su rutina sin aspavientos, me enseñó que crecer no siempre implica correr, y que hay algo profundamente valioso en quedarse.

Ahora sé que pertenecer no tiene que ver con dónde estás, sino con cómo te habitas. Y aquí, entre raíles y campos, aprendí a habitarme de nuevo. A mirar sin rencor, a abrazar lo que fui, a construir sin prisas lo que soy.

Y cada vez que escuche el silbido de un tren, donde sea que esté, sabré que hay un rincón en Castilla que me devolvió la voz. Y la paz.